



FIESTA DE SAN JUAN DE ÁVILA

Seminario Mayor, 7 de mayo

Es, hermanos, ocasión de saludar con todo afecto a vosotros presbíteros. Lo hago también en nombre de mis hermanos obispos: de don Carmelo, que ha querido con nosotros dar gracias al Señor por sus cincuenta años de sacerdocio, de don Ángel Fernández, obispo auxiliar; también de don Ángel Rubio obispo, emérito de Segovia, (e igualmente don Rafael Escudero, obispo de la querida Prelatura de Moyobamba). Es un saludo especial, claro está, para los hermanos que celebráis bodas de oro y de plata sacerdotales. Es, pues, un día redondo, esto es, pleno, para este presbiterio de Toledo.

He preferido tomar las lecturas de este jueves de la 5ª semana de Pascua, en esta misa votiva de san Juan de Ávila, nuestro santo patrón, porque son muy “diocesanas”, es decir, eclesiales. Hay una fuerte discusión en Jerusalén y Pedro tiene que decir a los demás apóstoles y a los presbíteros palabras que argumentan desde la lógica de Dios, manifestada en Cristo. Interviene también Bernabé y Pablo y, al final, Santiago resume y emite su parecer de no molestar a los gentiles que se convierten a Dios.

En el evangelio, Jesucristo insiste una y otra vez, en su discurso de despedida, en que el amor con el que el Padre de los cielos le ha amado a Él es el mismo con el que Jesús nos ama a nosotros. ¡Qué impresionante! Pero es verdad y, además, añade el Señor: “Permaneced en mi amor”. Sabe Jesús cuánto nos cuesta permanecer en su amor, pero nos anima a ello.

Para permanecer en su amor hay que guardar los mandamientos. Guardar es conocerlos, comprenderlos y cumplirlos. Hemos de convencernos y convencer a los fieles que cumplir los mandamientos no es duro, ni triste y muy costoso. Yo no me imagino a Jesús pensado de este modo, es decir, lamentándose y triste por tener que cumplir los mandamientos del Padre. De ninguna manera. Él habla de alegría, de su alegría que quiere que esté en nosotros; una alegría que llegue a la plenitud de los discípulos de Jesús. O, ¿es qué confiamos más en conseguir otro tipo de alegría, la que no llena el corazón, engañándonos a nosotros mismos?

La fiesta de este “sembrador del Evangelio de Jesucristo”, enamorado del sacerdocio del Salvador, infatigable pastor que es san Juan de Ávila, nos ha de impulsar a un querer cada día más la llamada que Cristo hizo a cada uno de nosotros; también nos ayuda superar crisis o estancamientos en el ejercicio del ministerio sacerdotal. Y a dar gracias por ese don, que es incomparable y nunca merecido.

A mi modo de ver, es absolutamente normal que nos cueste tanto la evangelización y el pastoreo diario. Constatamos las mil una experiencias dolorosas que suponen la falta de respuesta al amor de Cristo en nuestros hermanos fieles laicos (y la nuestra). Nos enfrentamos así a la realidad cruda del interés personal y el desinterés por el Reino de Dios en este mundo. Igualmente experimentamos que nuestros proyectos de acción pastoral en cada curso, siguiendo el Plan diocesano de pastoral o lo que nosotros pensamos es bueno empezar y consolidar en nuestras parroquias, grupos y movimientos, muchas veces fracasa o parece fracasar. Nuestra gente se cansa o son inconstantes, se queda en la superficie o sencillamente sucumben a la tentación o sus pasiones.

A mí no me sorprende lo que acabo de describir. Lo que me preocuparía sería que estas dificultades nos impidieran ver que no siempre la semilla se pierde. Y, sobre todo, supusieran en nosotros una resignación basada tantas veces en argumentos que se apoyan “en la carne y en sangre”. Tenemos que ir directamente a considerar la actitud de Cristo, Sumo Sacerdote, entregado siempre por nosotros y resucitado para nuestra justificación, para sacar la fuerza que necesitamos para seguir pastoreando sin desánimo. Están también los ejemplos de tantos sacerdotes grandes y santos, que hemos conocido en el pasado reciente o conocemos por ser contemporáneos nuestros. Ahí existe para nosotros una capacidad de amar más a nuestros fieles, miembros dolientes del Cuerpo de Cristo.

Y ahora me refiero precisamente a sacerdotes compañeros nuestros, que pastorean con nosotros o cerca de nosotros. ¿Nadie entre ellos nos ayudará para afrontar la dureza de la evangelización, de la indiferencia ramplona ante Cristo y su evangelio? ¿Hasta qué punto, como presbíteros de la misma Iglesia diocesana, nos ayudamos, nos alentamos unos a otros y afrontamos los retos pastorales un poco más juntos?

Sinceramente creo que todavía nos cuesta mucho salir del ámbito de nuestras parroquias y movimientos, para adentrarnos en los que están al lado; nos sigue faltado coraje para dejar que otros vengan a ayudarnos o a compartir la misión que el Obispo encomienda. Somos muy solitarios sacerdotalmente hablando. Nos falta, a mí también, amplitud de horizontes; necesitamos trabajar más conjuntamente. Trabajar juntos no es hacer las cosas todos a la vez; es rezarlo juntos, ver juntos la posibilidades, actuar después sabiendo el apoyo de los demás y compartirlo con alegría o integrando los que creemos son “fracasos pastorales”.

No veáis en mis palabras reproche alguno, porque en todo caso ese reproche caería primero en mí. Por lo demás, no hay lugar para el desaliento, pues está garantizada la presencia del Espíritu de Cristo en nuestra Iglesia, incluso por encima de las torpezas del Obispo, los Vicarios o cualquier otra persona que tenga responsabilidad en el gobierno de la comunidad.

Y no tenemos derecho al desánimo, pues sabemos de quién nos hemos fiado: de Cristo. Todo lo cual no significa que no demandemos ayuda y rigor en nuestra acción pastoral o en la vida de la Diócesis. Quiero estar cada vez más cerca de vosotros y de vuestras dificultades; pero, a estas alturas de mi ministerio episcopal, sé muy bien que no se debe a mí que funcione bien esta Iglesia de Toledo. Es el Señor el que lleva adelante a su Pueblo, el que sigue enviando su Espíritu. Así oiremos lo que el Padre nos dice y nos proporcione fortaleza para afrontar nuestros altibajos y para superar retos y emprender nuevos caminos.

Hay que salir, nos dice el Papa. Hay que ir al encuentro; hay que empeñarse en encontrar una reconversión pastoral; hay que orar con más insistencia y fiarnos del que el fiel: Jesucristo. Hay que amar más para conseguir que más hermanos se encuentren con Cristo, que es el cambia los corazones. La senda seguida por san Juan Ávila y otros grandes sacerdotes nos muestra que es posible ser presbíteros santos, sencillos, humildes, sonrientes y dispuestos a arrostrar dificultades y rechazos, porque “cuando somos débiles, somos fuertes” (cf. 2 Cor 12, 10).

No me he olvidado de cuantos hoy celebráis con gozo vuestros 25 ó 50 años de sacerdocio. Os agradecemos mucho vuestros trabajos, vuestro empuje apostólico, vuestra vida entregadas al Señor en su Iglesia. Y os felicitamos de corazón, bodas de plata y de oro sacerdotales son un hito importante en vosotros sin duda, pero también nosotros a la hora de nuestro seguimiento de Cristo. Pedimos por vosotros al Padre de los cielos. Lo hacemos apoyándonos en la poderosa intercesión de la Virgen, nuestra Madre y Señora.

ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Santa Misa en Rito Hispano-Mozárabe Altar de la Catedral de la Basílica de San Pedro, 16 de mayo

Hermanos:

Nuestro recuerdo mira hoy a la mañana del 28 de mayo, solemnidad de la Ascensión del Señor del año 1992. El Papa Juan Pablo II, celebraba en esta basílica la Misa solemne en el Venerable Rito Hispano-Mozárabe. La misma que hoy estamos celebrando en este altar de la Catedral. Nos acogen, pues, las mismas luminosas naves de este impresionante templo. Han querido estar con nosotros celebrando o asistiendo venerables Cardenales, Obispos, Sacerdotes y otros muchos Consagrados. Con los fieles laicos que, en peregrinación diocesana, celebran esta Eucaristía; formamos una asamblea preciosa, a la vez de Iglesia particular y universal, en la que rezaremos por “el Papa de Roma”, el Santo Padre Francisco. Muchas gracias por haber aceptado nuestra invitación.

“Venimos porque queremos proclamar nuestra fe”, dijo Don Marcelo en aquella ocasión al Papa Juan Pablo II, agradeciendo al Vicario de Cristo la deferencia de presidir aquella celebración. Hoy nos anima el mismo deseo, pues nuestra fe es católica y la revivimos cantando y recibiendo del Papa Francisco el aliento de aquel en el que hoy vive Pedro, presidiéndonos en la caridad. Lo hacemos sabiendo que también en la Liturgia hispana: “Las normas de la Misa y de las plegarias, según las cuales son santificados los sacrificios ofrecidos a Dios, fueron establecidas desde el principio por san Pedro, y así todo el mundo celebramos de la misma manera”. (San Isidoro, *De Ecclesiasticis Officiis*, 15).

De la misma manera, pero con expresiones litúrgicas diferentes, siempre en comunión eclesial en la unidad que Cristo pidió al Padre para todos (“Ut omnes unum sit”). La lectura “profecía” nos hace contemplar la visión de Apocalipsis 4, porque hay una puerta abierta y un trono y uno sentado en el trono. También los cuatro vivientes, parecidos respectivamente a un león, a un toro, al rostro de un hombre y un águila en vuelo, son los que gritan gloria y honor y acción de gracias al que está sentado en el trono. Dios es digno de recibir el honor y la fuerza. Se recrea nuestro rito en visiones y escenas del Apocalipsis, porque “ha vencido el león de la tribu de Judá”.

La lectura “apostolus” coincide con la primera del rito romano en este año: Hch 1, 1-11; es la narración de lo que tan sobriamente expresa san Marcos: “Después de hablarles, el Señor Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios” (Mc 16, 19).

El Evangelio nos sitúa a cuantos hoy celebramos la Ascensión en tensión hacia la venida del Espíritu Paráclito al final de los cincuenta días de Pascua. Muchas expectativas han de haber en los fieles entre Ascensión y Pentecostés. Papa Francisco nos pide en este año además que oremos por los cristianos perseguidos en diversas partes del mundo. El Espíritu Consolador es quien da fuerza a los discípulos de Jesús en esa confrontación con el mundo. Nos conviene que venga el Espíritu porque es Él quien dejará convicto al mundo acerca de un pecado, de una justicia y de una condena.

¡Qué expresiva es la “oratio admonitionis” en esta celebración! Nos descubre el consuelo en la lucha que se da en el interior de cada uno, en el juicio que acontece en nuestro interior y en el que el Paráclito es el Defensor nuestro frente al mundo, pero también Defensor de Jesús frente a nosotros que tenemos el peligro de condenarlo en las zozobras de elegirle a Él y no a los que le condenan, en esa lucha que acontece en nosotros que vivimos entre los consuelos de Dios y las persecuciones del mundo.

“Concede a tu Iglesia un camino favorable para llegar a ti por el constante progreso de cada día”, pide la Iglesia en la oración “Alia”. ¡Qué sugestiva la “libertad que le depara tu ayuda y la gloria que proviene de tu victoria”, Cristo. También rogamos, en la “oratio ad pacem”: “Concedéndonos a tus siervos que, por este beso exterior, mantengamos sin fractura el sacramento interior de la paz y la gracia”.

La extensa “illatio”, que, como el prefacio en el Rito romano, se abre a la plegaria eucarística, descubre en lenguaje teológico típico de nuestro Rito Hispano, la manera como Jesucristo ha recogido la “historia salutis” del AT y la ha llevado a plenitud en su acción salvadora, acción dramática pero victoriosa. Gocen con esa oración hoy o en otro momento. Nos adentramos así en Acción de gracias, en la Eucaristía que nos dejó el Señor, en la manera cómo, desde la época tardorromana, pasando por el esplendor visigodo, los católicos de Hispania celebraban su fe, sin haber perdido nunca su Rito, que es algo más que rúbricas o ceremonias. Es su genio litúrgico, su penetración en el misterio, su acercamiento a la Humanidad santísima del Salvador.

Muchos han sido los avatares por los que ha pasado el rito Hispano- Mozárabe. Gracias al Concilio Vaticano II, gracias al Cardenal Marcelo González Martín y a cuantos le ayudaron a poner de nuevo en disposición de celebrar el venerable Rito, en Toledo y en toda España hoy, con la aprobación de la Santa Sede y la Conferencia Episcopal Española, podemos nosotros gozar de la Eucaristía celebrada con esta expresión litúrgica del Rito Hispano-Mozárabe.

Cuando, tras ser aprobado el Misal y editarlo a finales de 1991, el Santo Padre, san Juan Pablo II, celebró esta misma Misa solemne en el venerable Rito, se hizo visible un signo de amor y de reconocimiento de uno de los mayores tesoros culturales y espirituales de la Iglesia española y de su diócesis primada de Toledo. Hoy, como entonces, agradecemos a la Iglesia de Roma entonar juntos, en el canto de la catolicidad, esta expresión litúrgica, que contiene el mismo Credo y, por ello, una misma fe de los que seguimos al Hijo de Dios, hecho carne en las entrañas purísimas de María siempre Virgen, Esclava del Señor.